



La **promesa** de
Grayson

Mia Sheridan

- -

Kira Dallaire está desesperada, con poco dinero en el bolsillo y todavía menos opciones de conseguirlo. Grayson Hawthorn atraviesa una situación límite: al salir de prisión, se encuentra con que los viñedos de los que es propietario y que prometió a su padre sacar adelante están al borde de la ruina.

Cuando Kira aparece en el despacho de Grayson con una descabellada propuesta que podría resolver los problemas de ambos, a él no le queda más remedio que aceptar.

Sin embargo, lo que en principio parecía un matrimonio de conveniencia abocado al fracaso se convierte muy pronto en un choque de voluntades que dará pie a una incontenible pasión capaz de demostrar que algunas promesas deben romperse y que por otras vale la pena arriesgarlo todo..., hasta el corazón.

Índice de contenido

Cubierta

La promesa de Grayson

Dedicatoria

Libra

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Este libro está dedicado a mi abuela, que siempre tuvo sabias palabras de consejo, un oído para escuchar y un corazón lleno de amor. Te echo de menos todos los días.

Libra

«Ni siquiera una vida feliz puede transcurrir sin un atisbo de oscuridad, pues la felicidad perdería su sentido si no se equilibrara con la tristeza».

Carl Jung

1

«No te preocupes, cariño, el universo siempre busca el equilibrio. La forma en que lo haga puede resultar misteriosa, pero siempre es justa».
Isabelle Dallaire, mi abuela.

Kira

En una larga lista de días malos, este estaría en lo más alto, y solo eran las nueve de la mañana. Salí del coche, aspiré una profunda bocanada del fragante aire veraniego y empecé a andar hacia el Napa Valley Savings Bank. La mañana brillaba con sensualidad a mi alrededor y el dulce aroma a jazmín me hacía cosquillas en la nariz. Suspiré mientras empujaba la puerta de vidrio del banco. La tranquilidad que transmitía toda aquella belleza parecía equivocada, dado que mi humor estaba en contraste directo con el día, cálido y soleado. Supuse que era una idea un tanto arrogante, ¿cómo iba el clima a expresarse a través de mi estado de ánimo?

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó educadamente una mujer morena mientras me acercaba a la ventanilla donde atendía al público.

—Sí —repliqué, sacando mi carnet de identidad y mi vieja cartilla de ahorros del bolso—. Quiero cerrar esta cuenta. —Deslicé ambas cosas hacia la joven. Una esquina de la libreta estaba doblada, mostrando los números que mi abuela había anotado cuando me enseñó cómo enten-

der los números impresos. Aquel recuerdo me desgarró el corazón, pero forcé lo que esperaba que fuera una sonrisa alegre cuando la chica cogió la cartilla, la abrió y miró el número.

Pensé en el día que habíamos abierto la cuenta. Yo tenía diez años y mi abuela me había llevado de la mano hasta allí, donde depositó llena de orgullo los cincuenta dólares que me había pagado por trabajar en el jardín durante todo el verano. A lo largo de los años, habíamos hecho muchos viajes a ese banco, cada vez que iba a su casa, en Napa. Era ella quien me había enseñado que el verdadero valor del dinero residía en compartirlo, en utilizarlo para ayudar a otros, y que también representaba cierto tipo de libertad. El hecho de que en la actualidad tuviera poco dinero, pocas opciones y de que todas mis posesiones materiales se encontraran en el maletero de mi coche era una prueba de la razón que tenía. En ese momento era cualquier cosa menos libre.

—Dos mil cuarenta y siete dólares y dieciséis centavos— anunció la cajera, alzando la mirada hacia mí. Moví la cabeza para asentir. Era un poco más de lo que había esperado. Bien. Eso estaba bien. Necesitaba hasta el último centavo. Solté el aire lentamente, puse las manos encima del mostrador y esperé para contar los billetes.

Una vez que el dinero estuvo a buen recaudo dentro de mi bolso, y que hubiera cancelado la cuenta, deseé buenos días a la chica, me di la vuelta y me dirigí a la puerta, aunque me detuve delante de la fuente.

Mientras el agua fría rozaba mis labios, escuché voces que provenían de un despacho cercano.

—Grayson Hawthorn, me alegro de verlo... —Me quedé paralizada. Luego me incorporé lentamente y me pasé el pulgar por el labio inferior para secármelo. Grayson Hawthorn... ¿Grayson Hawthorn? Conocía ese nombre, recordaba la fuerza con que sonaba. Lo había repetido para mí misma en un susurro aquel día, en el despacho de mi pa-

dre. Pensé en el rápido vistazo que había echado al dossier que mi padre había deslizado por el escritorio cuando puse la bandeja con el café encima de su mesa. ¿Se trataría del mismo Grayson Hawthorn?

Asomé la cabeza por la esquina y eché un vistazo hacia el lugar de donde procedía la voz, pero no vi más que una puerta cerrada, con la cortina bajada. Me dirigí hacia el cuarto de baño que había en el pasillo, justo enfrente del despacho donde se suponía que estaba Grayson Hawthorn.

Una vez dentro del cubículo, cerré la puerta y me apoyé en la pared. Ni siquiera sabía que Grayson Hawthorn vivía en Napa Valley. El juicio había tenido lugar en San Francisco, por lo que debía de haber cometido allí el delito. No era que yo supiera de qué crimen se trataba, solo sabía que mi padre había mostrado un breve interés en él. Me mordí el labio y me acerqué al lavabo, donde me miré en el espejo mientras me lavaba y secaba las manos.

Abrí la puerta lo más silenciosamente que pude e intenté en vano escuchar la conversación que estaba desarrollándose al otro lado del pasillo, pero solo alcancé a oír voces apagadas. De repente, se abrió la puerta y un hombre trajeado, seguramente otro de los directivos del banco, entró en la habitación. El ejecutivo dejó la puerta entreabierta, sin cerrar del todo, por lo que pude escuchar algunas palabras. Permanecí en el interior del cuarto de baño, tratando de enterarme de algo a través de la rendija.

«Desde luego, Kira... Eres una fisgona entrometida». Eso era invasión de la intimidad de aquel hombre. Y peor todavía, resultaba inútil. «En serio, Kira, ¿qué te pasa?». Hice caso omiso a la vocecita de mi cabeza y agudicé el oído.

Borraría este momento tan poco estelar de mis recuerdos. Nadie tenía porque enterarse.

Algunas palabras flotaron hasta mí.

—Lo siento... Convicto... No podemos dárselo... Este banco... Por desgracia... —¿Convicto? Tenía que ser el Grayson Hawthorn que pensaba que era. Qué extraña coin-

cidencia del destino... Apenas sabía nada sobre él. Lo único que conocía en realidad era su nombre, el hecho de que lo habían acusado de un delito y de que mi padre había participado, usándolo como un peón. Grayson Hawthorn y yo teníamos eso en común. No era probable que mi padre recordara ningún nombre en particular, al menos cuando arruinaba la vida a tanta gente regularmente con tan pocos remordimientos. En cualquier caso, ¿por qué estaba espiándolo desde el cuarto de baño? ¿Por qué trataba de enterarme de lo que decían en una conversación privada? No estaba segura, pero la curiosidad era uno de mis grandes defectos. Respiré hondo antes de abrir la puerta para salir, pero escuché el roce de las patas de una silla en el suelo y me quedé paralizada. Tras haber abierto la puerta un poco más, las palabras que provenían del otro lado del pasillo eran ahora mucho más claras.

—Lo siento, no podemos darle el préstamo, señor Hawthorn. —La voz masculina sonaba llena de pesar—. Ojalá valiera más...

Otra voz masculina, imaginé que la de Grayson, lo interrumpió.

—Entiendo. Gracias por haberme dedicado su tiempo, señor Gellar.

Llegué a echar un breve vistazo a la alta figura masculina de pelo oscuro con un traje gris antes de volver al interior del baño, cerrando la puerta de nuevo. Me lavé las manos otra vez para ganar tiempo y luego salí. Al pasar frente al despacho en el que había estado Grayson Hawthorn, eché un vistazo dentro. Había un hombre sentado detrás del escritorio. Vestía traje y corbata, y parecía concentrado en lo que estaba escribiendo. El tipo del traje gris debía de ser Grayson Hawthorn y, evidentemente, había salido del banco.

Me dirigí al exterior, al brillante día de verano, y me metí en el coche, que había dejado aparcado en la calle. Permanecí allí sentada durante un minuto, mirando por la ven-

tanilla el pintoresco centro del pueblo. Unos toldos en buen estado adornaban las fachadas de los negocios y grandes macetas de flores de colores salpicaban la acera. Me gustaba Napa Valley, desde el centro, a la orilla del río, hasta los viñedos de la periferia, con sus árboles cargados de fruta en verano y las flores amarillas y ocres en invierno. Era allí donde se había retirado mi abuela después de quedarse viuda. Donde yo había pasado los veranos, en la pequeña casita que poseía en Seminary Street. Allí donde posaba la mirada, la veía, oía su voz, sentía su cálido y vibrante espíritu. Como le gustaba decir a mi abuela: «Es posible que hoy sea un día malo, pero mañana puede convertirse en el mejor de tu vida. Solo tienes que llegar a él».

Respiré profundamente, intentando superar la soledad.

«¡Oh, abuela, ojalá estuvieras aquí! Ojalá pudieras abrazarme y decirme que todo va a ir bien. Porque si tú me lo dijeras, pensaría que es cierto».

Cerré los ojos y me apoyé en el respaldo.

—Abuela, ayúdame. Me siento perdida. Te necesito. Hazme una señal. Indícame qué debo hacer. Por favor. — Las lágrimas que llevaba tanto tiempo conteniendo me hicieron arder los ojos y amenazaron con caer.

Cuando los abrí, un movimiento en el retrovisor del lado del copiloto captó mi atención. Al volver la cabeza, vi a un hombre alto y bien plantado con un traje gris... Grayson Hawthorn. Me estremecí y contuve la respiración. Estaba ante el edificio, justo al lado de mi coche, a la derecha del guardabarros trasero. Era el lugar perfecto para que pudiera mirarlo por el espejo sin moverme. Me hundí poco a poco en el asiento, me pegué al respaldo y volví la cabeza para observarlo.

Tenía la cabeza apoyada en el edificio que había a su espalda y los ojos cerrados con una expresión de dolor. Y, ¡Dios mío!, era impresionante. Sus rasgos estaban cincelados como si fuera un caballero de brillante armadura. Tenía el pelo casi negro y lo llevaba demasiado largo, por lo que

se le rizaba ligeramente a la altura del cuello de la camisa. Sin embargo, lo más devastador eran sus labios, gruesos y tan sensuales que quise recorrerlos con la mirada una y otra vez. Entrecerré los ojos, tratando de abarcar todos los detalles de su rostro antes de bajar por su larga figura. Su cuerpo, elegante y musculoso, poseía el mismo magnetismo viril que su cara. Me recreé en los anchos hombros y la cintura estrecha.

«¡Oh, Kira! No dispones de tiempo para comerte con los ojos a un convicto, por muy guapo que sea. Tienes preocupaciones más acuciantes. Estás sin hogar y, francamente, desesperada».

Me mordí el labio inferior, incapaz de apartar la mirada. ¿Qué delito habría cometido? Traté de desviar la vista, pero algo me impulsaba a volver a él. Y no era solo aquella sorprendente belleza masculina lo que me llamaba la atención. Había algo en la expresión de su cara que me resultaba demasiado familiar, que se aproximaba mucho a lo que yo estaba sintiendo en ese mismo instante.

«Ojalá valiera más...».

—¿Tú también te sientes desesperado, Grayson Hawthorn? —murmuré—. ¿Por qué?

Mientras lo observaba, movió la cabeza y se dio un masaje en la sien, mirando a su alrededor. Pasó una mujer, que giró la cabeza cuando llegó a su altura para mirarlo de arriba abajo. Él no se dio cuenta y, por suerte para ella, miró al frente antes de chocar contra una farola. Me reí por lo bajo. Grayson tenía de nuevo la mirada perdida. Mientras estaba observándolo, un mendigo se dirigió hacia donde él se encontraba. Llevaba un sombrero y le pedía limosna a la gente. Todo el mundo pasaba con rapidez junto a aquel pobre hombre, mirando hacia otro lado con incomodidad. Cuando se acercó más a Grayson, apreté los labios.

«Viejo, lo siento. Me parece que la persona en la que te has fijado se encuentra en una situación bastante desesperada».

Pero para mi sorpresa, cuando el anciano se acercó a él, Grayson metió la mano en el bolsillo y, tras una breve vacilación, sacó algunos billetes. Desde mi posición no podía asegurarlo, pero me dio la impresión de que había vaciado la cartera para darle el contenido al mendigo. Movi6 la cabeza para asentir mientras el hombre le daba las gracias con fren6tico afán. Tras mirar c6mo se alejaba el anciano, se dirigi6 en direcci6n contraria y dobl6 la esquina, desapareciendo de mi vista.

«Mira lo que hace la gente cuando piensa que nadie la observa, cari6o. Es la mejor forma de saber c6mo son en realidad».

Las palabras de mi abuela flotaron en mi mente como si estuviera hablándome desde el interior del coche. El estridente timbre del tel6fono me sobresalt6 y solté un jadeo antes de coger el bolso del asiento del copiloto para buscar el m6vil en el interior.

Era Kimberly.

—Hola —la saludé en voz baja.

Tras un momento de silencio, me respondi6 tambi6n en voz baja.

—¿Kira? ¿Por qu6 hablas en susurros?

Me aclaré la garganta y me acomodé en el asiento.

—Es que el timbre del tel6fono me ha sobresaltado. Estoy en Napa Valley, dentro del coche.

—¿Has podido cerrar la cuenta?

—Sí. Había algo m6s de dos mil d6lares.

—¡Guau! ¡Genial! Algo es algo, ¿verdad?

Suspiré.

—Sí. Me da un respiro.

Oí a los chicos de Kimberly riéndose por detr6s. Ella les mand6 callar en espa6ol, sosteniendo la mano sobre el tel6fono, antes de volver a dirigirse a mí.

—Siempre que lo necesites, mi sofá es tuyo.

—Lo sé. Gracias, Kimmy. —Sin embargo, no podía disponer así de mi mejor amiga. Andy, su marido, y ella, vivían

comprimidos en un pequeño apartamento en San Francisco, con sus hijos gemelos de cuatro años. Kimberly se había quedado embarazada cuando tenía dieciocho años y más tarde se había enterado de la impactante noticia de que eran dos. Andy y ella habían superado muchas adversidades, pero su vida no había sido fácil. Lo último que necesitaban era que una amiga se apropiara de su sofá y añadiera un foco de tensión a la familia.

«Estás sin hogar. No tienes casa».

Respiré hondo.

—Sin embargo, tengo un plan —solté, mordisqueándome los labios. Una sensación de determinación había sustituido la desesperación que se había adueñado de mí durante toda la mañana. El rostro de Grayson Hawthorn parpadeó en mi mente—. Kimmy, ¿alguna vez has sentido como... como si tuvieras que seguir un camino? ¿Como si vieras muy muy claro lo que tienes que hacer?

Kimberly se mantuvo en silencio durante un instante.

—¡Oh, no! No. Conozco ese tono. Significa que estás maquinando algo que voy a intentar sacarte de la cabeza sin éxito. No estarás retomando el plan de poner un anuncio para conseguir un marido, ¿verdad? Porque si es así...

—No —la interrumpí—. Al menos, no exactamente.

Kimberly soltó un gemido.

—Has tenido otra de esas malas ideas, ¿verdad? Algo completamente absurdo y, casi con seguridad, peligroso.

Sonreí a pesar de todo.

—¡Oh, basta! Esas ideas que llamas malas rara vez son ridículas y peligrosas.

—¿Qué me dices de comercializar tu propia mascarilla natural, fabricada con las hierbas de tu jardín?

Curvé más los labios; sabía cuál era su juego.

—¡Oh, eso...! Mi fórmula era perfecta. De hecho, casi lo conseguí. Si la persona que se presentó voluntaria para probarla no fuera...

—Me pusiste la cara verde. Color que tardó una semana en marcharse. La semana en la que se hacía la foto escolar.

Me reí por lo bajo.

—Vale, vale..., esa idea no funcionó bien, pero solo tenía diez años.

—Escaparnos para ir a la fiesta de Carter Scott cuando teníamos dieciséis...

—Eso habría funcionado si... —empecé a defenderme.

—Los bomberos tuvieron que venir a rescatarnos del tejado de tu casa.

—Nunca has sido demasiado valiente... —repuse con una sonrisa.

—O aquella vez que estábamos en la universidad y volvimos a casa en las vacaciones de verano. Organizaste una cena asiática, en la que todos teníamos que llevar kimonos... y casi acabas cargándote a todos los invitados.

—Un error al elegir los ingredientes. ¿Quién iba a saber que tenía que poseer una licencia especial para cocinar aquellos peces en particular? De todas formas, hace mucho tiempo de eso.

—Fue hace dos años —me recordó sin inflexión en la voz, aunque supe que contenía la risa.

—Está bien, tienes razón, listilla —me rendí con una risita—. Pero me quieres a pesar de todo.

—Cierto. —Suspiró—. No puedo evitarlo. Eres adorable.

—Bien, supongo que eso es discutible.

—No —atajó con firmeza—. No lo es. Tu padre es un gilipollas, y ya sabes lo que opino sobre ese tema. Cielo, es necesario que hablemos de lo ocurrido. Ha pasado un año. Sé que acabas de regresar, pero si necesitas...

Me mordí el labio y moví la cabeza a pesar de que ella no podía ver el movimiento desde el otro lado del teléfono.

—Aún no —la interrumpí en voz baja—. Gracias por haberme hecho reír. En serio, Kim, estoy atravesando una situación muy jodida en este momento. Quizá una mala idea